

Resulta casi innecesario decir que la división del Partido Socialista de Chile constituye un revés, no sólo para el movimiento socialista latinoamericano, en general, y chileno, en particular, sino que para el proceso revolucionario del continente, en general, y para el pueblo chileno, en particular.

Toda experiencia debe ser analizada seriamente a fin de calibrar sus causas y ponderar sus efectos; es por eso que conviene determinar si la división del Partido Socialista de Chile se ha gestado únicamente en sus estructuras internas o si ella ha sido provocada - o en todo caso, estimulada - desde afuera.

No puede ignorarse que existía un terreno propicio para divergencias estratégicas y tácticas debido a la ineficacia de la dirección, por lo menos desde la década del 60, para entregar a la militancia un proyecto de programa moderno y válido, que racionalizara los sucesivos acuerdos de diversos Congresos partidarios, cuyo conjunto más o menos invertebrado conformaba, sin embargo, una doctrina original que llegó a tener, como se ha dicho, "rango estratégico".

Faro también es preciso insistir en que esas divergencias, por profundas que fueren, pudieron y debieron resolverse en un Congreso, ya que el Partido tiene más de 46 años de existencia, lo que significa tradiciones comunes para la mayoría; cualquiera disidencia habría sido de escasa importancia y lo previsible era una convergencia en lo sustancial, aunque subsistieran "matices" en lo accesorio, lo que representa una característica, no sólo de los socialistas chilenos, sino que, en nuestros tiempos, del movimiento socialista y obrero en general. El "pluralismo" ideológico, o sea el derecho de los combatientes revolucionarios a pensar con su propia cabeza, resulta inseparable de una vida consciente y socava la base social de los autoritarismos burocráticos.

Lo afirmado sirve tanto para los socialistas chilenos que se encuentran en el interior del país como para los que se ven obligados a permanecer en el exilio. ya es hora de terminar con esa tontería de dividir un partido revolucionario artificialmente entre los que están "adentro" y los que están "afuera". El Partido es uno solo, con una sola dirección, y una sola base, por encima de que algunos dirigentes y muchos militantes se encuentren, por motivos obvios, en Chile o en la diáspora. Sería faltarle el respeto a luchadores que han sufrido, algunos por años, torturas, sevicias y encarcelamientos, o que han perdido a sus familias, si se les tratara como a militantes de "segunda clase" por el hecho de haberse visto obligados a abandonar el país, sobretodo si se tiene en cuenta que a la casi totalidad de ellos se les niega el permiso para retornar.

CONCEPTO DE LA VANGUARDIA

Aunque parezca una redundancia, es preciso insistir en que el Partido Socialista de Chile es el único Partido auténticamente "nacional" en Chile, ya que no surgió de otro tronco partidario, no derivó de movimientos u organismos internacionales ni adoptó programas foráneos, sino que se gestó en la entraña misma de la insurgencia popular, en un período histórico en que no existían vanguardias revolucionarias con una gravitación real en la sociedad. De tal manera que su papel de vanguardia no se lo arrebató a otras organizaciones y su influencia en el progreso de las luchas populares es el resultado de su acción aglutinadora de las masas, que se reflejó, tanto en el plano estrictamente político, como en el terreno de la unidad sindical y gremial.

La existencia de una vanguardia obrera que escapaba a las concepciones y estereotipos del movimiento comunista mundial no fué nunca del agrado de los máximos dirigentes internacionales de esa corriente ni, por supuesto, de las sucesivas direcciones del Partido Comunista Chileno.

Después de un período de absurdas confrontaciones, expresión de la línea extremista del llamado "tercer período" de la Internacional Comunista, se derivó en una política más o menos unitaria cuya importancia dependía "exclusivamente" de la participación y actitud de los socialistas. La victoria "relativa" de la Unidad Popular, con su abanderado socialista Salvador Allende, no habría sido concebible sin el aporte mayoritario de nuestro partido. La Unidad Popular, cuyo eje fué la unidad socialista-comunista, concreto parcialmente el principio sustentado por los socialistas chilenos que, bajo la denominación de "frente de trabajadores", había bregado por la hegemonía de la clase obrera, sobrepasando la tentativa comunista de resucitar a los "frentes populares", con participación determinante de los partidos de la burguesía. Sin la presencia y la voluntad clasista de los socialistas chilenos, la Unidad Popular no habría alcanzado la importancia histórica que nadie - sea tirio o troyano- puede escatimarle.

El Congreso socialista de la Serena, efectuado en los inicios del gobierno popular, alarmó profundamente a los comunistas que, hasta ese instante, confiaban en ir "reduciendo" paulatinamente la influencia de los socialistas, sometiendo a la línea general del comunismo explicitada en múltiples documentos internacionales y nacionales. Luis Corvalán ha sintetizado con extraña claridad la política "real" patrocinada por ellos. En su informe al Pleno de Agosto de 1977, después de afirmar que el Partido Comunista "por su experiencia, su capacidad y su influencia de masas, fué el artífice principal del movimiento unitario que culminó en la victoria", señala que su partido "vislumbró la posibilidad de conquistar el Gobierno por una vía no armada y señaló el camino para materializarla".

Y más adelante se pregunta: "Había algún otro camino posible de recorrer para la revolución chilena, en esos momentos y en esas condiciones"? Y él mismo se responde, de inmediato: "Estamos convencidos que no. Dicho de otra manera, en esos momentos, la alternativa a la vía pacífica no era la vía armada. No había otra alternativa revolucionaria posible".

LOS INCONVENIENTES DE LA ARITMÉTICA

Para el Secretario General del Partido Comunista de Chile no existía, por supuesto, otra línea general posible sino la decidida por su organización y era preciso llevar adelante la lucha "como lo veníamos haciendo". Para él lo único posible era "acumular fuerzas" y así, dijo en su informe ya citado "obteníamos una correlación crecientemente favorable y que, sobre esa base, era posible seguir conteniendo y derrotando a los contrarrevolucionarios".

La historia debe haberle enseñado que en política la aritmética sirve poco, y que más importante, tal vez, que sumar, es multiplicar, ya que una proposición dinámica atrae en poco tiempo a más fuerzas sociales que una simple rutina sin imaginación; y como señaló Lenin, la política se parece mucho más al álgebra que a la aritmética, y aún más a las matemáticas superiores que a las fórmulas sencillas. Si sólo se tratara de agregar cada vez más fuerzas, sin precisar para qué, la revolución se podría hacer con una computadora.

La inquietud manifestada en la base popular por una conducción que nos llevaba directamente a la derrota y que se comenzaba a expresar con singular vigor en el Partido Socialista molestó visiblemente a los comunistas, siempre propensos a "imponer" la voluntad de la única "vanguardia" que ellos aceptan. Por eso Corvalán agregó en su intervención: "La política trazada, la de unir fuerzas alrededor de la clase obrera, era bombardeada desde posiciones de izquierda y de derecha en el seno de la Unidad Popular... se acentuaban las discrepancias con nuestra línea unitaria, se dificultaba el desarrollo de una dirección homogénea... en esto pensaba, con diversas expresiones, cierto grado de oportunismo y de anticomunismo, lo que fué muy dañino".

Los comunistas chilenos, que expresan por lo demás el sentimiento del movimiento comunista en general, evolucionaron hacia una actitud "paternalista" frente a los socialistas chilenos, a los

cuales siempre consideraron como algo transitorio, destinado a desaparecer, tendencia que alimentaron en algunos dirigentes socialistas especialmente Clodomiro Almeyda.

Veamos algunos ejemplos. Alejandro Yañez, interviniendo en el mismo Pleno de Agosto de 1977 dice que tiene "La impresión que durante el periodo de la UF se creó una cierta confusión en relación a quien era la vanguardia de la clase obrera....la clase obrera ha tenido una vanguardia que "en momentos críticos en que se decide o puede decidirse la suerte de todo el proceso y en que generalmente hay aliados que vacilan en medio de indecisiones de todo tipo, el Partido debe estar en condiciones de asumir plenamente la conducción de la revolución...". Es claro que no explica lo que pasa cuando los que vacilan son los comunistas -como en Chile- y los que están decididos a avanzar son los aliados.

Para Jorge Inzunza, interviniendo en el mismo evento, el carácter del Partido Socialista se explica "por la heterogeneidad de la clase obrera" y le parece natural que "dado estos diferentes niveles de conciencia es normal que sectores de la clase obrera hagan su aprendizaje revolucionario sin llegar de inmediato a las posiciones comunistas". Y termina indicando que los grandes progresos del Partido Socialista de Chile, por la influencia del PC, consisten en reconocer ahora la importancia del campo socialista...

El mismo Inzunza termina su intervención señalando: "Es un deber común, pero sobre todo nuestro el disminuir las diferencias que separaron a socialistas y comunistas y que tan grande influencia tuvieron en la derrota de la Revolución Chilena. Es una condición de la victoria sobre el fascismo que conseguiremos cueste lo que cueste".

El discurso político comunista se nos muestra, pues, con toda claridad; ellos se ven obligados a reconocer la existencia y aún la importancia del Partido Socialista, pero maniebran para hacer desaparecer las diferencias, especialmente las ideológicas. Para ellos la línea general fué siempre dada por los comunistas, y obstaculizada por los socialistas. Esa línea habría sido, según su criterio, justa, lo que llevaría a la conclusión lógica de que la derrota era fatal. Si la línea impuesta por ellos condujo al desastre, lo natural es que revisaran la justeza de su política pero ya hemos visto que, según Corvelán, no había "otra alternativa revolucionaria posible". Las otras posibilidades, analizadas por los socialistas, son olímpicamente desechadas como "revolucionarismo pequeñoburgués" y reflejarían "cierto grado de oportunismo y anticomunismo". Ningún atisbo de examinar los otros caminos, ninguna concesión a la posibilidad de haberse equivocado. La línea, simplemente, era justa, pero los demás tienen la culpa de lo que sucedió.

LAS "RECETAS" REVOLUCIONARIAS

La actitud de los comunistas chilenos no es exclusiva de ellos sino que corresponde a una inclinación manifiesta del movimiento comunista mundial -aún del llamado eurocomunismo- en el sentido de monopolizar la dirección y la orientación de las luchas nacionales, herencia del viejo stalinismo, que expedía recetas infalibles por medio de "circulares" que jamás se discutían. Se fué así acen- tuando la tendencia a una simple aplicación de las recetas, sin que los pueblos mismos, incluida la clase obrera, buscaran sus salidas y elaboraran su política. La mayor parte de las grandes derrotas del movimiento obrero mundial derivaron de una mecánica social fatalista primando sobre la dinámica viva de los procesos ascendientes. Los bu- rócratas no plasman vanguardias sino que organizan partidos-cuartela- rios, en que sólo la cúspide -y muy relativamente- tiene derecho a pensar. El centralismo democrático cede el paso a un monolitismo ver- tical en que los nombres dejan de ser combatientes para convertirse en piezas de una maquinaria gigantesca. Así surgió, desde los tien- pos de Stalin, el "maquisismo" socialista, contrariando la esencia del pensamiento comunista.

El conocido dirigente comunista uruguayo, Enrique Rodríguez, en la edición de Febrero-1975 de la revista "Problemas de la paz y del socialismo", escribió un artículo cuyo título es, por sí solo, sugerente: "Acercos del problema del frente ideológico común de los comunistas del mundo". Allí leemos sentencias muy definitivas, como las que paso a reproducir:

"Ya que sobre esa base (la diversidad de las luchas nacionales) se generan ideas, a veces tendencias, larvadas o ya definidas, que involucran profundos problemas ideológicos, para nosotros de corte revisionista, y que, por lo tanto, deben juzgarse desde un ángulo de clase, desde el punto de vista universal del marxismo-leninismo". En otra parte dice: "La batalla por el frente común ideológico de los marxistas-leninistas es de importancia estratégica, es un problema de principios". Y, aún, más adelante: "Nuestra doctrina es internacional, perdónese la repetición; y una doctrina internacional por esencia, no puede elaborarse en compartimentos nacionales".

Podrían multiplicarse las citas pues, lógicamente, el neostalinismo contemporáneo no admite más interpretación que la propia; si el marxismo-leninismo es una ciencia, razonan, no queda espacio para dos interpretaciones diferentes; los inconvenientes comienzan cuando dos equipos de científicos marxistas-leninistas difieren, y forman parte de estados nacionales distintos, pues entonces se puede llegar hasta a los conflictos bélicos, y la historia de hoy nos suministra más de algún ejemplo.

A través de infiltraciones directas en las filas del Partido Socialista de Chile, y también de sutiles y complejas presiones sobre los dirigentes más débiles, se trató de llevar estos conceptos al seno de nuestro Partido: si el marxismo-leninismo es uno solo, por qué no pueden educarse en las escuelas de cuadros comunistas los militantes socialistas? Y como estos militantes tienen una base ideológico-política blanda, por culpa exclusiva de la dirección no resulta difícil devolver a los ex-socialistas, convertidos en comunistas, a su partido de origen, a fin de que contribuyan a "borrar diferencias" y a predicar la necesidad de una vanguardia única, inflexible y monolítica. En esta forma se sumó, a la infiltración a veces descarada, la cooperación tipo "quisling" de algunos dirigentes y el apoyo de cuadros "entrenados" en esa falsificación revolucionaria de las consignas y los esquemas.

Disponiendo de medios materiales inagotables, era fácil enviar al interior mensajeros de este nuevo evangelio en misiones de captación, eufemísticamente llamadas de "cooptación"; era fácil desviar los fondos y materiales destinados a la resistencia contra la dictadura en misiones múltiples a través del mundo, para debilitar la conciencia de unos, engañar a los más ingenuos o lisa y llanamente corromper a los otros. Pudimos así asistir a la "captura" pasiva de un partido latinoamericano, que sufría las terribles condiciones de la represión interna y de la diáspora mundial, sin el menor escrúpulo. Ni siquiera se recurre a los disimulos, ya que son los comunistas en el interior y en el exilio, los que reconocen a la fracción neostalinista como el partido "auténtico" y le dan, ellos, la "patente" de revolucionarios.

Si la unidad se entiende como "captura" resulta sencillo obtener un "frente común ideológico", como propone el uruguayo Rodríguez: lo malo es que la unidad así conseguida debilita al conjunto del movimiento popular y revolucionario, privado de la contribución viva de un movimiento tan gravitante como es el socialismo Chileno. La unidad no puede consistir en que un partido "hermano" se trague al otro, sino en un compromiso de acción común contra el enemigo de clase.

LO QUE HOY ESTA EN JUEGO

Para los comunistas chilenos el dilema fundamental se da entre "dictadura y democracia"; para sumar fuerzas contra la dictadura es preciso ganarse a la mayor parte de la burguesía y, en consecuencia, sellar una alianza "estratégica" con la democracia cristiana.

Eso implica, ciertamente, si la democracia cristiana lo "permite" ir a un posible gobierno de "reemplazo", ya sea de cuerpo presente, ya por "intermedio" de un Partido Socialista débil que no caiga en veleidades de autonomía independiente. De ahí que no se propicie de inmediato el "partido único" y que el propio Allende, que fué su campeón reconocido, planteo hoy la "vigencia histórica" del socialismo chileno.

Según los socialistas chilenos, el antagonismo de fondo se da entre "capitalismo y socialismo" siendo el dilema "dictadura-democracia" solo coyuntural. Esto significa que las libertades democráticas deberán alcanzarse en el contexto de la lucha general por el socialismo y se basa en la afirmación de que las burguesías nacionales de América Latina no han jugado ni jugarán el rol revolucionario que, en su tiempo, jugaron las burguesías de los países avanzados. Los socialistas no quieren repetir experiencias agotadas ni conducir al pueblo a nuevas frustraciones; buscan en un "frente de trabajadores" la conformación de un gran bloque nacional mayoritario, en que se imponga naturalmente la hegemonía de la clase obrera. Esto implica, en la actual coyuntura, la posibilidad de compromisos transitorios o acuerdos "tácticos" con la burguesía y los partidos de la burguesía, pero no la participación en un gobierno de "reemplazo" bajo control de la democracia cristiana, que significará fatalmente un apoyo a represiones masivas.

Es claro que para una doctrina cuya supuesta adhesión al internacionalismo "supone" la omisión de todo análisis nacional, resulta intolerable -casi una herejía- sostener que las burguesías nacionales en América Latina han fracasado históricamente y no se van a "comportar" exactamente como lo hizo la francesa durante la toma de la Bastilla. Pero para los latinoamericanos es fácil constatar que esas burguesías, y cada vez más estrechamente, dependen del sistema global de los consorcios monopolísticos transnacionales, en un período del dominio imperialista que no se conocía en los tiempos de Lenin. Esas burguesías "cautivas" del mundo de las transnacionales no pueden aliarse con la aplastante mayoría de la nación para impulsar "cambios" estructurales profundos y, en consecuencia, aunque se deba analizar sus contradicciones internas y aún llegar a pactos transitorios con ellas, no resulta recomendable entregarles el timón de los procesos políticos, ya que seguramente no nos llevarían a buen puerto.

Los comunistas no contaron, en esta emergencia, con el convidado de piedra, es decir no estimaron en su adecuada proporción la parte consciente de un Partido Socialista que cuenta ya con 46 años de existencia. Pese a las deficiencias en el plano de la educación política, una larga praxis le ha suministrado a las bases partidarias enseñanzas que no podían dejar de aflorar.

En el interior del país los viejos socialistas y los cuadros obreros se alzaron contra los misteriosos "cooptados" que usaban nombres de "fantasía" y que nadie sabía -ni aún el Secretario General del Partido- de donde habían llegado, quien los había designado y si habían sido o no con anterioridad militantes socialistas. Ante la evidencia de esta arbitrariedad, los "cooptados" agregaron a sus filas algunos militantes antiguos, dispuestos a "sacrificarse" por algunas recompensas, o embucados por el mito de los invencibles aparatos. Pero cuando tarde y la casi totalidad de las bases repudiaron la "colonización" desvergonzada.

En el exilio, pese a la complacencia con que la totalidad de la dirección permitió las exclusiones y los verticalismos incontrolados, la mayor parte de los socialistas rechazó, también, las pretensiones extrañas. Y, lo que es más importante, el propio Secretario General del Partido, Compañero Carlos Altamirano C., que había tratado apasionadamente de impedir la división, se sumó sin restricciones a la lucha por defender la identidad partidaria y la autonomía ideológico-política, convocando a un Congreso General, en el interior y en el exilio, que deberá realizarse en el curso de este año.

No es hora de bizantinismos ni de caudillos; no es posible aumentar las distancias y profundizar las diferencias; es el momento de las convergencias, sobre la base de una plataforma política clara y de un gran programa coherente y actual; quienes quieran hacer, en las aguas revueltas, ganancia de pescadores, no lograrán conseguir ni un escuálido pejerrey.

Si para ello no hay otro camino que un Congreso, efectuado en las condiciones que sean posibles, pero sobre la base de una honestidad y equidad reconocidas, los militantes deben exigirle a los que fueron o son dirigentes, sumarse a esta empresa que impedirá el juego de los "liquidacionistas".

De la decisión con que se actúe depende la suerte del Partido Socialista de Chile y, en gran medida, el derrotero de las luchas revolucionarias y populares en la patria.

Abogado, escritor y periodista, nacido en Concepción (CHILE), el año 1912.

Militante socialista desde el año 1936, ha sido miembro del Comité Central de su partido, candidato a senador por su zona natal, y director de los periódicos socialistas *Consigna* y *La Calle*.

Autor, entre otros libros, de:

Editados en Chile:

Esquema económico-social de Chile. Ensayo.
En el fondo hay una lágrima. Cuentos.
Amunecer en Belgrado. Viajes.

Editados en Argentina:

Nacionalismo y socialismo en América Latina.
Problemas del socialismo contemporáneo.

Editado en España:

Del colonialismo a la revolución.
(Breve historia de América Latina).

Editado en Yugoslavia:

América Latina: de la incoherencia a la definición.

Fue Subsecretario (Viceministro) de Minería el año 1953.

Desde el año 1960 ocupó el cargo de Jefe de Redacción del diario *Clarín*, el de mayor circulación en Chile.

Conservando ese cargo, ocupó además el de Director del diario *La Nación*, órgano oficial del gobierno de Chile, durante todo el período presidencial de Salvador Allende.

Fue detenido el mismo día 11 de Septiembre de 1973, en sus oficinas de la dirección de *La Nación*, llevado al Estadio Nacional, con miles de "prisioneros de guerra", después a la Cárcel Pública de Santiago, a los cuarteles de la Inteligencia Militar y, finalmente, se le dejó salir del país por gestiones de la Embajada de la República Federal Alemana.

Actualmente vive en Frankfurt am Main, donde se desempeña como Profesor Invitado, en la Facultad de Derecho de la Universidad Goethe, dictando un curso sobre Teoría y Práctica de la Defensa de los Derechos Humanos.



OSCAR
WAISS